

HOLYROOD SALVAGE & ARTIFACT SEAT

LIBRO PRIMERO

---

LOS DOS HERMANOS



I

Plus ne portez, o ennemis, d'envie  
A'qui na plus lesprit à la grandeur!  
Ja consommé d'excessive douleur,  
Votre ire en brief se voirra assouvie!

(MARÍA ESTUARDO.)



EL 12 de Agosto de 1561 llegó María Estuardo á Calais con ánimo de embarcarse para Escocia. Acompañabanla sus seis tíos Guisa <sup>1</sup> y más de cien caballeros de la corte, entre los cuales iban el famoso Damville <sup>2</sup>, hijo del Condestable de Montmorency, y el señor de Brantôme <sup>3</sup>, que ha dejado escritos todos los pormenores de aquella despedida y de aquel viaje.

Componíase la flota que había de conducir á la Reina, de dos galeras de guerra y dos grandes barcos de transporte. La víspera del embarque el dolor ahuyentó el sueño de los pár-

pados de María, y es fama que durante esta triste noche de insomnio compuso aquellos famosos versos que tan tiernamente expresan su amor á Francia y su pesar al dejarla:

¡Adieu plaisant pays de France!  
O ma patrie  
La plus chérie,  
Qu'as nourri ma jeune enfance;  
¡Adieu France! ¡Adieu nos beaux jours!  
La nef qui dejoint nos amours  
N'a eu de moi que la moitié:  
Une part te reste, elle est tienne:  
Je la fie à ton amitié,  
Pour que de l'autre il te souviene, &c.

El día 14, que era viernes, llegó la Reina al embarcadero á las doce del día, rodeada de sus tíos y seguida de su brillante comitiva. Los buenos ciudadanos de Calais poblaban todos los contornos, y hasta en los mástiles de los barcos anclados en el puerto veíanse racimos de gente.

Vestía la Reina el riguroso luto de corte de las reinas de Francia, que era entonces de terciopelo blanco, con larga cola, y un gran velo blanco sujeto en los hombros, que la envolvía de pies á cabeza. Traía también á la cintura una escarcela de terciopelo blanco y un silbato de oro, y largas sartas de perlas al cuello y en la cabeza.

Embarcáronse primero las damas de la Reina y los cien caballeros de su comitiva y sus tres

tíos, el Duque d'Aumale, el Duque d'Elbeuf y el gran Prior, que debían acompañarla á Escocia. Al pie mismo de la escala abrazó María por última vez á sus otros tíos que allí se quedaban, los Cardenales de Lorena y de Guisa y el Duque Francisco, y sin fuerzas para saludar á la comitiva de éstos, púsose una mano sobre el corazón como si se ahogara, hizo un profundo saludo, y subió la escala de la galera capitana, que mandaba Mauvillón, sostenida por Lady Fleming, una de las cuatro Marías que la habían acompañado de Escocia.

Saludáronla á bordo las entusiastas aclamaciones de los caballeros franceses que habían de acompañarla, y resonaron también en la playa los gritos de despedida de los que allí se quedaban; que como dice un contemporáneo, la fatal hermosura de María habíale hecho en Francia un enamorado de cada uno de sus súbditos.

La Reina, sin embargo, sin darse cuenta al parecer de lo que en torno de ella pasaba, llegóse á la popa de la galera, y en ella se echó de bruces y comenzó á llorar, mirando hacia el puerto, que poco á poco se alejaba. De cuándo en cuándo, decía:

—¡Adiós, Francia!... ¡Adiós, Francia!...

Así permaneció cinco horas seguidas, sin mo-

verse sin rebullir, llorando siempre, mirando la costa de su perdido reino, y repitiendo sin cesar:

—¡Adiós, Francia!... ¡Adiós, Francia!...

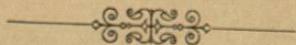
Al anoecer llegóse á ella su tío el gran Prior, é instóla para que tomase algún alimento y se retirase á descansar en la cámara de popa. Tomó la Reina por toda cena una ligera ensalada, y mandó la dispusieran la cama allí mismo sobre cubierta.

Rizaron entonces sobre la popa la vela travesía de la galera, á modo de dosel, y debajo colocaron el lecho de la Reina. Echóse ésta sin desnudarse, y encargó mucho á Mauvillón que la avisara al amanecer, si se divisaba aún tierra de Francia.

Y sucedió, en efecto, que como amainase el viento á la media noche, y fuese necesario navegar solo á fuerza de remos, todavía pudo la Reina al despuntar la aurora ver la costa de Francia como una cinta oscura que cerraba el horizonte.

Entonces ocultó el rostro entre las manos, sollozando y repitiendo:

—¡Adiós, Francia!... ¡Nunca te volveré á ver!...



## II



AVEGABA la flotilla de María con grandes precauciones, pues sabíase de cierto que la Reina de Inglaterra había enviado á su encuentro varios cruceros, con miras muy sospechosas.

Habíase negado primeramente la envidiosa Isabel á dar el salvoconducto que pidió María para atravesar el reino de Inglaterra, y no contenta con este primer acto de hostilidad, temíase con fundamento que sus barcos intentasen dar caza á la flota, para apoderarse de la persona de la Reina.

Descubrieron, en efecto, en el golfo de Forth varios barcos ingleses que rondaban entre Berwick y Dunbar, y ya no le quedó duda á María de las pérfidas intenciones que abrigaba contra ella su tía Isabel de Inglaterra.

Salvóles, sin embargo, una espesa niebla muy propia de aquellos mares, que se levantó de repente y con tal cerrazón, que envolvió por completo la flota de la Reina, y la permitió arribar, sin ser vista, al puerto de Leith, á los cinco días de su salida de Francia.

Nadie esperaba la flota en Leith, y la desventurada Reina pudo decir con razón, que ponía el pie en su patria y en su reino, como una extranjera arrojada en aquellas playas por un naufragio.

La noticia de su llegada causó por todas partes sorpresa y recelo, y llegó bien pronto á Edimburgo, que solo dista de Leith tres millas escasas. Acudió al punto al encuentro de la Reina la nobleza toda de la capital, llena también de curiosidad y desconfianza, y á las tres horas de su desembarco, vióse ya María rodeada de aquellos feroces Lores escoceses, herejes en su mayor parte, que más parecían entonces gacilla de salteadores prestos á saquear, que tropa de cortesanos dispuestos á rendir homenaje á su Reina.

Traían la mayor parte coletos de búfalo guarnecidos de hierro, corazas ó cotas más fuertes que relucientes, y yelmos sin celada, cuyas barbas cubrían las barbas puntiagudas de bigotes retorcidos hacia arriba en agudas puntas.

Algunos menos fieros ó más presumidos, traían tocas de terciopelo negro con sartas de perlas, y los elegantes, los *raffinés*, que hubieran dicho los pisaverdes franceses que acompañaban á María, sombreros de ala recogida y copa alta y puntiaguda, rodeada de aquellas ricas cadenas de oro, que por aquel tiempo se llamaban en España *fanfarronas*. Mas ni aun estos mismos, ejemplares escasos de la elegancia escocesa, dejaban de llevar enorme espadón de Toledo á la izquierda, puñal bien templado á la derecha, y rodela colgada al arzón con punta de acero en el centro.

Sobresaltó á María el fiero aspecto de sus futuros cortesanos, mas salióles al encuentro hasta el puente de la torre en que descansaba. Saludáronla todos con grandes aclamaciones, á la manera de una bandada de milanos que proclamasen reina á una paloma; que no otra cosa parecía entre ellos aquella hermosa soberana de diecinueve años.

La hermosura y buena gracia de María captáronse al punto las simpatías y aun el entusiasmo de los Lores jóvenes y de los católicos que ponían en ella sus esperanzas. Mas los herejes, seides de Knox <sup>4</sup>, enriquecidos ya con los despojos de la Iglesia católica, recobraron al punto la ruda gravedad y los rostros impasibles

con que disimulaban sus temores y desconfianzas.

¿Intentaría la nueva Reina, discípula ferviente de los intransigentes Guisa, restablecer el culto católico, y volver las cosas y las personas al estado en que se encontraban antes de la Reforma, como en tiempos no lejanos hizo María Tudor en Inglaterra?...

Este pensamiento atizado por Knox y los secuaces de la Reina de Inglaterra, fermentaba en toda la Escocia, y bien pudo adivinarlo María en la fría actitud de la muchedumbre que se agolpó á su paso desde Leith hasta Edimburgo. Los tres tíos de la Reina estaban indignados, los caballeros franceses sorprendidos, y la misma María, inquieta y pensativa, paseaba su límpida mirada por la muchedumbre, buscando en vano las muestras de simpatía que la saludaban siempre á su paso en sus excursiones por Francia y por Lorena.

Llena de tristes pensamientos franqueó la Reina al anoecer de aquel día el gótico portalón del palacio de Holyrood, cuna de sus mayores, de donde había salido ella misma trece años antes. Pasado el oscuro y sombrío pórtico encuéntrase un inmenso patio cuadrangular, formado entonces por las Abadías, y en la planta baja de una de ellas, la de Islebourg, fué donde

se hospedó la Reina mientras no hacía su entrada solemne en Edimburgo.

Retiróse María á sus habitaciones con Miss Seaton, la más joven y más querida de sus Marías; y ya muy entrada la noche, cuando la Reina se disponía á acostarse, sorprendiólas á deshora una extraña música que al pie de las ventanas sonaba.

Sobresaltada la Reina, cogió la mano de Miss Seaton con involuntario movimiento de susto, y quedaron ambas mirándose azoradas, con el cuello tendido y el oído atento.

Era aquello una música discordante de gaitas y toscos violines de tres cuerdas, que llamaban entonces *rebecz*. El silencio de la noche hacía resaltar aún más lo desafinado de la música, y lo sombrío y temeroso del aire que ejecutaban.

De repente un coro de voces ásperas y desafinadas entonó el salmo 51 del Psalterio: *Quid gloriaris in malitia, qui potens es in iniquitate?* Y otro no menos desentonado contestó: *Tota die iniustiam cogitavit lingua tua; sicut novacula acuta fecisti dolum.*

La Reina, con los labios blancos, pegóse á Miss Seaton, murmurando á su oído con la opaca voz del miedo:

—¡Son ellos, Seaton..., son ellos!...

—¿Quién?—replicó la Seaton tan asustada como la Reina misma.

—¡Los herejes!... ¿No los oyes?... Ese es el primer bramido de la fiera...

Y no se engañaba la Reina. Los ministros protestantes, con el terrible Knox á la cabeza, habían reclutado quinientos ó seiscientos fanáticos de la ciudad para que fuesen á dar la alborada á María al pie de sus ventanas, cantando los salmos de su herético culto, como una provocación y una amenaza á la católica Reina.



## III

**H**ASTA el amanecer duró aquella terrible serenata, durante la cual pudo el buen talento de María prevenir los dos extremos á que el protestantismo político y el protestantismo religioso de los rebeldes escoceses querían llevarla.

La abdicación ó la apostasía.

Su religiosidad y su orgullo se rebelaron al mismo tiempo contra tan vergonzoso dilema, y con toda la energía de su fe y toda la dignidad de su corona, se prometió á sí misma en aquella su primera y triste noche de Holyrood, no ceder un ápice ni como católica ni como Reina, y entrar decididamente por el camino de la lucha; aunque hubiese de llevarla ésta á la muerte y al martirio.

Era al otro día sábado, y no bien se levantó

la Reina, dió orden de preparar todo lo necesario para decir Misa el domingo siguiente en la capilla de Holyrood, á fin de que pudieran ella y toda su servidumbre católica, cumplir con el precepto de la Iglesia.

Mas para comprender bien toda la gravedad de esta orden, y todo el valor de la Reina al darla, es necesario recordar que durante la ausencia de María había decretado el Parlamento, por influencia de Knox, la supresión del clero y del culto católico, y establecido para todos los que celebrasen ú oyesen la santa Misa, pena de confiscación de bienes por la primera vez, de destierro por la segunda, y de muerte por la tercera.

La orden de la Reina produjo, pues en Edimburgo una verdadera sublevación entre los herejes.

Los ministros amenazaron desde el púlpito: Knox declaró públicamente que *prefería ver desembarcar diez mil enemigos en Escocia, á que se celebrase en ella una sola Misa*; y el pueblo hereje, irritado y amenazador, se esparció por todas partes gritando:

—¡No permitamos que se levante otra vez el *ídolo* en el reino!

Á las ocho de la mañana, una hora antes de la Misa, un gran tropel de los más fanáticos

arrolló á los centinelas de Holyrood, y penetró en el gran patio cuadrado vociferando.

Iban á su cabeza el brutal Lord Lindsay, armado de coraza, Fyiff y otros nobles de menor cuenta, y todos ellos proferían amenazas de muerte contra los sacerdotes católicos, *idólatras*, como ellos les llamaban, amenazando despedazarlos.

Entonces se reveló por primera vez en María, la serenidad y el noble valor que habían de asistirle siempre en los muchos trances apurados de su vida.

Sin demostrar el más ligero asomo de temor ni de zozobra, salió de sus habitaciones á la hora de la Misa, sin adelantarla ni retrasarla, y entró en la capilla por la puerta principal de ésta, que daba al gran patio.

Detrás de ella iban sus dos capellanes, no tan serenos como la misma Reina, y seguían las damas de servicio, sin más escolta de guardias, pajes, ni gentiles-hombres.

El pasmo de las turbas sosegó por un momento su furor, y el cortejo de la Reina entró en la capilla en medio del mayor silencio.

Mas no bien desapareció éste y se cerraron de nuevo las anchas puertas, el furor de la muchedumbre despertó otra vez y estalló con mayor violencia, como sucede en el mar cuando

cesa el momento de calma que amansó los vientos.

Resonaron los gritos con mayor rabia, crecieron las amenazas en odio y en violencia, y los más atrevidos llegaron á golpear y sacudir las puertas, con ánimo de arrancarlas.

Apareció entonces como llovido del cielo ó vomitado del infierno, un hombre solo, que vino á interponerse, espada en mano, entre las puertas de la capilla y la muchedumbre.

Podría tener treinta años, y retrataba su fisonomía en rasgos enérgicos y varoniles, la misma extraordinaria hermosura de María Estuardo. Vestía jubón y gregüescos á la flamenca, de terciopelo negro, sin adorno alguno, y sombrero alto de copa, con una ala levantada y sujeta por rico broche, única joya que brillaba en su persona.

Llevaba por todas armas un largo puñal á la cintura, y el legítimo espadón de Antonio Ferrara, con que parecía abrigar el temerario intento de cerrar el paso á la muchedumbre.

Temerario era el propósito; pero la fuerza de aquel hombre era sin duda maravillosa, y supo lograrlo. Detuviéronse los revoltosos á su vista y comenzaron á retroceder, como poseídos de respeto.

—¡Lord James!... ¡Lord James!—murmuraron por todas partes.

Y á los gritos de furor sucedió de repente en todo el patio un silencio de expectación y simpatía.

Aquel hombre era, en efecto, el ídolo del pueblo, Lord Jacobo Estuardo, hermano bastardo de la Reina, como hijo de Jacobo V y Margarita Erskine.

No era, sin embargo, Lord James ningún campeón de la fe católica, ni siquiera un adalid de los sagrados derechos de su hermana. Era, por el contrario, el más poderoso y exaltado de los discípulos de Knox, y el más pérfido de los traidores que habían de perder á la desgraciada Reina.

Mas convenía entonces á los tortuosos cálculos de su política conquistarse la confianza de su hermana, y no vaciló un momento en desafiar las iras de Knox para garantizar á la Reina la práctica de aquella religión que él aborrecía y de que había apostatado.

Su presencia bastó, en efecto, para calmar á los sediciosos, y su autoridad y su energía bastaron también para convencer á los herejes menos fanáticos, de que no era prudente por el pronto impedir las prácticas religiosas de la Reina.

Era Lord James más político que fanático; pero Knox, fanático antes que nada, no se rin-

dió á sus razones, y apeló á Calvino en la siguiente carta que traducimos del original latino:

«La llegada de la Reina ha turbado la tranquilidad de nuestros asuntos. Á los tres días de su vuelta, ya estaba restablecido de nuevo el ídolo de la Misa.

»Algunos hombres graves y de mucha autoridad han querido oponerse, alegando que sus conciencias purificadas no les permitían sufrir que se profanase de nuevo esta tierra, que el Señor había purgado de la idolatría extranjera con la eficacia de su palabra.

»Pero como la mayor parte de los que profesan nuestra fe han pensado de otra manera, la impiedad ha quedado triunfante y adquiere cada día nuevas fuerzas. Los que así han obrado dan por razón de su indulgencia, que todos los ministros de la palabra divina opinan que no es lícito impedir á la Reina la práctica de su religión, y que tú mismo has opinado también como ellos.

»Yo combato este rumor porque lo tengo por falsísimo; pero de tal manera ha penetrado en los corazones, que no me será posible desarraigarlo, si tú no me aseguras por tí mismo que la cuestión ha sido sometida en efecto á nuestra Iglesia, y qué es lo que han respondido los hermanos.

»Perdona que siempre te importune; pero no tengo á nadie más que á ti, en cuyo seno pueda depositar mis pesares. Te confieso ingenuamente, padre mío, que nunca había comprendido hasta ahora lo difícil y penoso que es combatir la hipocresía bajo la máscara de la piedad. Nunca he temido á los enemigos descubiertos cuando esperaba la victoria en medio de las tribulaciones.

»Te saluda el hermano de la Reina, Jacobo (Lord James), que es el único que se opone á la impiedad entre los que frecuentan la corte; mas á pesar de todo, también éste se ha dejado fascinar por los que temen derribar el ídolo violentamente.

»Te saluda toda la Iglesia, y te pide el auxilio de tus oraciones. Nuestro Señor Jesús te conserve largo tiempo para su Iglesia. Amén».

No esperó Knox la respuesta de Calvino para ensayar nuevos modos de amenazas que intimidasen el ánimo de la Reina y la obligasen á dejar traslucir sus intenciones con respecto á la nueva Iglesia.

Habíase señalado el 2 de Setiembre para la entrada oficial de la Reina en Edimburgo, y Knox, de acuerdo con los magistrados de la ciudad, todos herejes, juzgó la ocasión oportuna.

Hiciéronse grandes preparativos para el so-

lemne acto, en los cuales gastó la ciudad más de 4.000 marcos de plata. Á lo largo de la calle Mayor (Canon-gate), que era entonces como lo es hoy, una de las más anchas y largas de Europa, pusiéronse mil adornos y primores, y ordenáronse curiosas invenciones y mojigangas, que se representaban sobre tabladillos y estrados levantados al efecto.

Mas todas ellas encerraban alguna cruel amenaza dirigida á la Reina, pues representaban los más terribles castigos que según las Sagradas Escrituras ha enviado Dios á los idólatras; tales como el pasaje de Coré, Datán y Abirón, tragados por la tierra en el momento de ofrecer su sacrilego sacrificio, y otros semejantes.

Al extremo de la calle y á la vista ya del palacio de Holyrood, que ocupa este frente, habían colocado la representación más horrible y ultrajante: era la de un sacerdote católico diciendo Misa, y devorado por las llamas del infierno en el momento de alzar la sagrada hostia.

La Reina durmió aquella noche en el castillo, y después de la comida se dirigió á la ciudad con grande pompa y magnificencia. Iba bajo un palio de terciopelo violeta, y rodeada de lo más florido de la nobleza del reino, y de los ciudadanos más ricos y principales de Edimburgo.

En la puerta que daba entonces entrada á la

Canon-gate, esperaban á la Reina los magistrados de la ciudad y el fanático Knox, con sus ministros presbiterianos.

Habían levantado allí un majestuoso arco de triunfo, con variados adornos de flores, hojarascas y banderolas, todo muy bien combinado. Al llegar la Reina frente del arco, desprendióse suavemente del centro de éste una nube plateada, hecha con grande artificio, y salió de ella un niño de seis años, que figuraba y parecía en efecto un ángel bajado del cielo.

Traía en las manos una gran bandeja de plata, y en ella presentó á la Reina las llaves de Edimburgo, entre una Biblia y un libro de los salmos.

Comprendió al punto la Reina lo que aquellos símbolos del protestantismo significaban, y lo que exigían de ella los herejes al presentárselos en cambio de la corona y la sumisión de Escocia.

Mas sin titubear un instante, ni perder un punto de su grave majestad, hizo la señal de la cruz sobre la frente del niño, como si fuese una bendición al mismo tiempo que una caricia, y tomó de la bandeja las llaves de la ciudad, dejando en ella la Biblia y el Psalterio.

Un silencio siniestro reinó entonces, y Knox y los suyos se retiraron, comprendiendo que la Reina recogía el guante que ellos le arrojaban.